

REVISTA DE SUD-AMÉRICA.

Anales de la Sociedad de Amigos de la Ilustración.

DIRECTOR:

D. JUAN RAMON MUÑOZ.

REDACTOR:

D. MANUEL G. CARMONA.

AÑO I.

VALPARAISO, NOVIEMBRE 25 DE 1860.

N.º 2.

LA NUEVA JENERACION.

Despues de medio siglo de una sangrienta lucha en que las nuevas repúblicas americanas han cansado sus fuerzas y perdido un tiempo precioso para su porvenir y para el desarrollo de la idea democrática; despues de tantos reveses, tantas calamidades y desengaños, los espíritus parecen entregarse a graves contemplaciones: el furor de la discordia no ha helado aun todo aliento jeneroso en los pechos americanos. Los pueblos nuevos son como los jóvenes inespertos, que necesitan educarse en la escuela del infortunio para aprender a vivir. En esos mismos males que nos contristan se encierran saludables lecciones: la mas sabia política es la que dicta la esperiencia: las teorías, los sistemas que inventa la razon humana se ensayan en el crisol de los hechos, y el tiempo se encarga de darnos su verdadero valor. El tiempo es, pues, un elemento, un ausiliar indispensable en la marcha de la civilizacion: cada época requiere nuevo concurso de intelijencias, nueva labor.

Las jeneraciones no se suceden así no mas, como eslabones desprendidos de la cadena de los acontecimientos; sino que todas ellas están sujetas a un progresivo desarrollo, de modo que cada cual desempeña un rol distinto en los destinos de la humanidad. En este noble carácter se diferencia la moderna civilizacion de todas aquellas que no han sido rejeneradas por el cristianismo: el estacionamiento, la languidez y la servidumbre constituyen su modo de ser.

Esta viva intuicion del porvenir, este anhelo inestiguable hácia el perfeccionamiento, es característico de una civilizacion que propende a la mejora de la condicion humana, despues de haberla salvado de las tinieblas de una ominosa barbárie. El progreso es

su divisa, su poderoso móvil el instinto de nuestra felicidad, y su vínculo la fraternidad universal. Cada espacio que recorre aumenta sus conquistas, trae jérmén de vida y de actividad a los pueblos abatidos, impulsa a los que despiertan de su sopor, y reparte el movimiento, el poder y la riqueza donde quiera que brillen el trabajo y la intelijencia.

Mas feliz la América que los pueblos del viejo continente, no ha tenido que pasar por esa larga y penosa infancia a que vivieron allí sometidos durante siglos la política, las ciencias y todos los ramos del saber y de la actividad humana. Es verdad que tambien sufrió tres centurias sujeta a la tutela de sus conquistadores; pero tan luego como asomó en su purísimo cielo la luz de libertad, el progreso emprendió su rápido vuelo al traves de sus estensas y fértiles rejiones, donde brinda cómodo abrigo al habitante de todos los climas del globo. Entonces sintió correr nueva vida por sus venas: el americano comprendió la magnífica posicion en que la Providencia le habia colocado, haciéndole apto para aprovechar todos los frutos de la civilizacion europea; y puso manos a la obra, aunque contrariado por las tempestades de la revolucion.

La independendencia no podia ser conquistada sino en los campos de batalla: el triunfo coronó las sienes de los libres, pero quedaba en pié la mas árdua tarea; constituir bajo el nuevo sistema político a los paises recién salidos del yugo del despotismo monárquico: tarea colosal para la cual se necesitaba mas prudencia que valor, mas tiempo y constancia que se habian empleado en la primera. La mision del guerrero habia concluido; eran otros los hombres llamados a la escena y otras empresas las que reclamaban su accion. Sin embargo, muchos sacrificios debieron y deben aun superarse para que desaparezca totalmente el funesto predominio de la espada sobre la razon, de las tradiciones monárquicas, conservada en la práctica si no en las instituciones, sobre los lejítimos principios de la *forma* republicana que hemos adoptado.

He aqui el punto a que se han de encaminar los esfuerzos de todos los que se interesan verdaderamente por la suerte de su patria. Pero, ¿cómo conseguirlo? ¿Siguiendo el trillado sendero de los políticos rutineros, de los demagogos que buscan la democracia en la ruina de ella, derribando cuanto existe, o de los continuadores del coloniaje, que pretenden perpetuarse en la dominacion de los pueblos, bajo el disfraz de su atraso y de su ignoran-

cia? Pasó ya la época en que el calor de la contienda cegaba los espíritus; nuevos obreros se han levantado de en medio de tantas ruinas, tristes testimonios de los excesos de los partidos; y al contemplarlas en su horrible desnudez, se han preguntado a sí mismos, si no puede conquistarse de otra manera la libertad de las repúblicas. Un ¡ay! dolorido se escapa involuntariamente de sus corazones y luchan entre la esperanza y el desaliento, entre la fé y la duda.....

La política, que se roza con los intereses jenerales y los intereses individuales de una nacion, no puede ser indiferente a ninguno de sus ciudadanos; y es por esta razon que antes de juzgar sobre el estado de progreso o atraso de un pais procuramos indagar cuáles son las condiciones de su existencia como cuerpo político. Y en paises como los hispano-americanos este principio adquiere mayor evidencia, porque la naturaleza misma de su sociabilidad, sus antecedentes y su carácter, los ponen, por decirlo asi, en manos de los gobiernos que los rijen. Es por consiguiente indispensable remontarse a la escala del poder cada vez que se trata de averiguar la situacion de cualquiera de nuestras repúblicas.

El espíritu público recién principia a formarse, y le sigue de cerca en esta obra de desarrollo y preparacion el espíritu de asociacion y el espíritu de empresa; todos los cuales, cuando adquieren cierta influencia, moderan la accion gubernativa, imponiéndole tal o cual marcha que exige la opinion. La opinion es el mas poderoso elemento en una sociedad civilizada. Ahora bien, opinion y libertad son inseparables en un estado democrático. ¿Por dónde, pues, debemos principiar? Ciertamente: por formarla. ¿Y qué se requiere para ello?

Primero: Educar a las masas;

Segundo: Que la enseñanza sea conforme a las instituciones políticas;

Tercero: Que las lecciones de los gobiernos no desmientan en la práctica lo que se enseña en las constituciones, en las escuelas y en los libros;

Cuarto: Que la sociedad misma principie por arrojar el cáncer de las preocupaciones que minan sus entrañas y minan al mismo tiempo la república, su orden y estabilidad;

Quinto: Mejorar la condicion material del pueblo, por medio del comercio, la industria y las artes.

Todas estas son verdades demasiado conocidas, pero a cada paso encuentran un desmentido en los hechos que se realizan dia a dia. Y ¿cómo hemos procurado establecerlas? De un modo muy curioso: obrando siempre contra el espíritu de ellas. No hablemos ya de las revoluciones en que los hombres de todos los partidos han pretendido cortar a su manera el nudo gordiano de la cuestion: estos son por desgracia males inevitables en unos países tan mal preparados para fecundar en su suelo el árbol de la democracia. Pero obsérvese que los partidos no han adoptado comunmente un sistema fijo y constante para hacer triunfar los principios que sostienen: con raras escepciones, el rol de los gobiernos se ha limitado a conservarse a todo trance, haciéndose despóticos siempre que ha corrido peligro su existencia. Por su parte, las oposiciones, llámense unitarias o federales, conservadoras o rojas, muy poco o nada se han preocupado del asunto mas esencial, cual es naturalmente el de organizarse en asociaciones patrióticas, encargadas de difundir las buenas ideas, de enseñar el dogma democrático, de poner en armonia las costumbres con las instituciones, de despertar el espíritu público por medio de publicaciones periódicas, en que solo campee el amor de las luces, de la libertad moderada, de la tolerancia de todas las opiniones, sometiéndolas a la discusion y a la conciencia de los ciudadanos.

Este proceder habria parecido sin duda demasiado lento a espíritus impacientes que solo piensan en el triunfo de su causa en las vísperas de la esplosion revolucionaria. Todo el patriotismo, todo el entusiasmo cívico, todos los esfuerzos se reservan para apurarlos en una obstinada y de ordinario estéril lucha, al aproximarse la crisis electoral. Es en esta solemne ocasion cuando se hace gala de las armas improvisadas con que se lanzan sobre el enemigo, sin que el pueblo acierte a darse cuenta cabal de la justicia que a su nombre se invoca. ¿Qué sucede entonces? Los medios legítimos que pone la libertad en sus manos se tornan en dardos envenenados: la prensa se mancha con diatribas escandalosas, y la pacífica discusion huye de ella como de un terreno maldito donde solo ruje la tempestad. La verdad es desoída, la razon despreciada, porque cuando se turban los ánimos con las funestas odiosidades, nadie es dueño de sí mismo; la mas tirana de las pasiones se apodera del hombre y lo arrastra por el fango de mil cábalas e iniquidades.

Entonces se saca a luz del viejo armario del pasado el proto-

colo que contiene todas las quejas y agravios contra los gobiernos. No dudo que muchos de ellos sean justos, pero ¿a qué aguardar la ocasion menos oportuna para verterlos? ¿Las oirá el agravian- te? ¿Las creerán los adversarios? Esto es lo que seria preciso saber.

Los neutrales e indiferentes, de que se compone la mayoria de nuestras poblaciones, raras veces están dispuestos a enrolarse en la propaganda reaccionista que procede con tan poca mesura. Mas calculistas que amantes de su libertad, prefieren la tranquilidad pública, porque en ella miran la salvaguardia de sus vidas e intereses. Consagrados a sus diarias faenas o al pacífico goce de sus fortunas, reciben con hastio toda proposicion que innove el órden establecido. Mas no resistirian fácilmente a la accion constante de una propaganda bien sistemada, que tuviese por base la rejeneracion social.

Solo entonces surge con inusitado furor el espíritu de asociacion, lucen los tribunos su elocuencia, la fraternidad republicana se halla en todos los lábios: se creeria uno transportado a los foros de Roma o Aténas, donde se reunia el pueblo a deliberar sobre los graves intereses de la patria. ¡Magnífica quimera! Pasa la fiebre, recobra el cuerpo ajitado su calma normal, y los hermanos se separan, la elocuencia enmudece, la libertad no tiene ya valientes defensores, la injusticia no subleva una sola queja; aquel mar tumultuoso que amenazaba desbordarse, se recoje sobre su lecho y apenas murmura!

Esta es la pálida imájen de nuestra vida política.

Tiempo es ya de recordar nuestros sagrados deberes como miembros de la nueva jeneracion a que pertenecemos: cincuenta años de esperiencia nos muestran el pasado y nos tiende sus brazos el porvenir. Ni la ambicion es capaz de turbar los juveniles cora- zones, ni el ódio nos liga a las antiguas contiendas. La juventud americana asoma entre las ruinas que ha acumulado la discordia como un sol radiante tras noche tenebrosa: ella lleva en su seno los secretos del futuro.

La tierra regada con la sangre y las lágrimas de los mártires americanos, no es una tierra maldita; solo necesita de manos es- pertas para que al fin se arraiguen en ella las conquistas de la liber- tad y de la civilizacion. ¡Cuántos progresos que hasta ahora con- sideramos como utopias o delirios de una imaginacion ardiente, no se realizarán en breves años, antes talvez que la obstinada venda

caiga de nuestros ojos! A la juventud le toca la sublime mision de acabar la obra que han dejado incompleta los padres de la independencia. Todo obstáculo cede a su impulso y a su heroica constancia no hai *imposibles*. Modera su fogosidad el ejemplo del pasado y ensaya sus alas antes de prender el vuelo.

A ella solo le es dado realizar el dorado sueño de paz y fraternidad que tanto anhela la América para reposar de sus fatigas y lanzarse sin temor en la via del progreso. La luz de los siglos la guia en su nuevo camino, la razon le señala los escollos, y el presentimiento de sus destinos la empuja hácia adelante.

Por apasionado que sea nuestro juicio, no podemos negar que, al traves de ese fúnebre velo que cubre la faz de la América, destellan los resplandores de la nueva jeneracion.

Ha sido ciertamente una triste fatalidad que los obreros americanos encargados de zanzar los cimientos de nuestras instituciones políticas, hayan mancillado casi todos ellos sus glorias con la ambicion de mando: su prestigio militar, el ascendiente de sus triunfos que les granjeó el amor de los pueblos; todos estos tentadores alicientes los desviaron bien pronto de la senda de que nunca debieron apartarse. No tardaron otros caudillos en contaminarse de las mismas ambiciones, y el contagio se estendió como una siniestra plaga por todo el continente Américo-hispano. En esta escuela inmoral se han educado las jeneraciones que les sucedieron, y ¡ay! ¡cuántas desgracias y amargo duelo no han acibarado sus dias!

De esas luchas fraticidas no queda ya mas que un vano clamoreo: la ira arde todavia en los pechos, pero ¡a cuántos no ha doblegado la muerte, y cuántos otros no ceden al desaliento o a las caricias de la paz! Cámbiase el arma homicida por el inofensivo arado y a la voz del cañon sucede la voz del vapor, que llama a los americanos al nuevo palenque de la industria y del comercio.

Despiertan de su tímido silencio las poblaciones ayer no mas devastadas por la hoz revolucionaria, y el rústico labriego vuelve alborozado a su hogar de que lo habian ahuyentado las levas forzosas. Como se reanima la naturaleza despues que el astro del dia le niega su luz, y cunde por todas partes la alegria y el bullicio de la vida, asi los pueblos se recobran de su abatimiento cuando torna a sus hogares la ansiada paz.

Estos portentos son la obra de la intelijencia creadora del hombre: el imperio de la fuerza pierde terreno cada dia, a medida que

la luz civilizadora va invadiendo los horizontes como una mensajera de libertad y redencion.

Un cuadro lisonjero se presenta a nuestra vista: la República Argentina, país clásico de la anarquia, rompe decididamente con las odiosas tradiciones de partido y estrecha en un mismo vínculo de union a todos sus hijos. Lo que no pudo la espada esterminadora durante medio siglo de sangrientas contiendas, lo lleva a cabo la intelijencia, el denuedo y el patriotismo de la nueva jeneracion arjentina representada por la ilustre Buenos-Aires. Allí se preparó, por medio de la discusion de la prensa y del debate parlamentario el notable acontecimiento que todo el mundo ha celebrado con aplauso.

Buenos-Aires, en ocho años de un gobierno regular y progresista, ha contribuido poderosamente a este inmenso resultado, que marcará de hoi en adelante una nueva época en la historia de aquella nacion. La difusion de las buenas ideas por el vehículo de una multitud de periódicos políticos y literarios; la tolerancia de las opiniones; la inmigracion extranjera protegida por leyes liberales; el establecimiento de sociedades literarias que sirven de estímulo al talento y de arena a las nobles lides de la intelijencia: todo esto, sin olvidar por eso los intereses materiales, han elevado a aquella floreciente provincia a un rango mui superior al de cualquiera otra seccion hispano-americana. Hé aquí un testimonio irrecusable de lo que es capaz una poblacion ilustrada y laboriosa:

Valor de las importaciones y esportaciones de 300,000 habitantes del estado de Buenos-Aires en 1855	585 millones. p. m.
Valor de las mismas durante el mismo año en Chile, con una poblacion de un millon cuatrocientos mil habitantes..	670 millones.

Asi, mientras en 1855 cada habitante de Buenos-Aires consumió en mercaderias ultra-marinas y produjo para la esportacion un valor de cerca de *dos mil pesos*, cada habitante de Chile en el mismo año no consumió sino 478, o sea como la cuarta parte menos de la proporcion en que Buenos-Aires concurre a la elaboracion del capital; apareciendo por consecuencia la poblacion de Chile cuatro veces mas pobre que la de Buenos-Aires. “La *democratizacion* de las fortunas entre nosotros, decia un hábil estadista arjentino, hé aquí el secreto de nuestro mayor consumo de productos. Entre nosotros todos son propietarios, productores y consumidores.”

¿Puede decirse otro tanto de nuestra República, donde, segun

el anuario estadístico de los dos últimos años, apenas hai un propietario agrícola por cada 50 habitantes? Y ¿a qué debe Buenos-Aires este admirable desarrollo? Prescindamos de las ventajas de su situacion jeográfica y de su rico pastoreo, con que mantiene un activo comercio con Europa, y fijémonos en la mayor ilustracion de sus habitantes, en su numerosa inmigracion, que figura en la sola capital por mas del quinto de su poblacion. El número anual de inmigrantes pasa a veces de cinco mil.

¿Contamos en Chile con este vital elemento de prosperidad? ¿Qué causas se oponen a que las corrientes de emigracion europea no nos favorezcan? ¿Está el mal en la pobreza de nuestro territorio, en las pocas ventajas que se ofrecen a los inmigrantes, o en las preocupaciones relijiosas que cierran nuestras puertas al extranjero que nos trae brazos, capitales e industria?

Esta es una cuestion de las mas importantes que nos conviene resolver con la lójica de los hechos. Pero ante todo se debe formar la conciencia del público, esgrimir las armas de la prensa y hacer, si es posible, que las nuevas ideas se inculquen en el corazon de nuestras masas, cuya ignorancia y hábitos de fanatismo serán por mucho tiempo un obstáculo de que sacará gran partido el espíritu de banderia.

Ilustrar, remover todo jénero de inconvenientes que se opongan a nuestro progreso, prestar su apoyo a todo pensamiento jeneroso que entrañe algun bien social; tales son los deberes de la nueva jeneracion. Obrando de esta manera, contribuirémos al bienestar y ventura de la patria, y nuestro ejemplo será fecundo en lecciones para el porvenir.

MANUEL GUILLERMO CARMONA.

